

del Nuevo Mundo, a partir de los años veinte y treinta del siglo XVI, es tierra para quedarse, y aquí, en Tomelloso, se quedaron. Comenzó este "quedar" para el sosiego. Para el trabajo. Para seguir descubriendo. Para continuar conquistando. ¿Fue ello un azar? No. No fue así. La intención y el propósito tenían un conocimiento más cabal; más realista; más visionario y más lleno de vaticinio. Sabían ellos, los fundadores, donde se instalaban. Conocían perfectamente los vientos y los aires; las lluvias y el sol; el camino y sus contornos; las costumbres de sus cercanías; el lugar y lugares que lo rodeaban, así como sus términos y villas. Y las ventas, sus veredas y senderos, cultivos y cosechas, y circunstancias anejas a sus rendimientos. Todo lo sabían. Y por conocerlo, intuyeron lo que ellos y los sucesores podrían hacer y dejar. Y lo que nos legaron fue no sólo unas tierras entre un río y dos afluentes: el Guadiana y los ríos Zancara y Córcoles, sino toda la gran semilla de un espíritu inagotable para el trabajo y una voluntad de resistencia y vocación de crear como nunca se vió en las tierras manchegas ni en las dos Castillas. Pues no en balde, ellos, como nacidos de una mezcla de castellanos y extremeños, tenían el valor para la conquista de nuevas tierras, no exento de la gracia artística que, unidos como un yugo, se abrazan a la carroza del triunfo y la Realeza que es en aquel instante la visión que ellos inventan. De ahí, que la pequeña aldea fuese capaz de crecer y crear frutos y bienes para el cuerpo y aquellas otras mudanzas que por la vía del arte recrean el lenguaje, los ojos y las almas. Y al ir pariendo espíritu, los descendientes de aquellos fundadores de la aldea y la villa y la ciudad rica y populosa darían también a luz pintores y poetas, novelistas y músicos, escultores y hombres de ciencia. Pues todo ello ha florecido aquí, para gloria y ensoñación recreativa de la Mancha.

El régimen de vida que practican los fundadores y que nos dejaron como la mejor de las herencias, fue el trabajo hecho heroísmo como la única fórmula para alcanzar el sacrificio. Y así vemos que, mientras sus coetáneos de las otras villas viven sesteando sobre la alfombra muelle de un bienestar no siempre previsor, los del Tomelloso van poniendo los andamios para poder subir a todo lo alto de una explotación agrícola, del ordenado comercio y de la industria perfectamente estructurada. Y lo que es mas importante aún: Crean un estilo nuevo; una manera de ser; una forma de vivir y una escuela que, siglos después, sería espejo donde mirarse pudieran gentes de otros lugares. Es decir, su investigación les lleva al campo de la metafísica, hasta calar en el alma intuitiva del mensaje.

Y esto, en síntesis, ha sido Tomelloso en los pasados siglos y lo será en los venideros: un mensaje como factor genético, hereditario.

Pero antes de entrar a fondo en el tema, recordemos lo que nos dice don Inocente Hervás y Buendía, en su Diccionario Histórico, Geográfico y Biográfico de la provincia de Ciudad Real, en su segunda edición publicada en 1892, cuando se refiere a Tomelloso:

"Decía su justicia en 1575, que por los años 1530, Aparicio Quiralte y Martín Sánchez se establecieron en una extensa llanura poblada de tomillares y junto a un pozo a cuyo alrededor vieron restos de antiguas edificaciones, que parecían casas de labor largo tiempo abandonadas. Hicieron sus pobres chozas se dieron a cultivar aquel terreno todo yermo para proveer sus necesidades, muy lejos de pensar que ponían los fundamentos de un pueblo, el cual pasadas tres escasas centurias había de ser uno de los más ricos y poblados de la Mancha".